

JACQUELINE WINSPEAR

VERDADES INCÓMODAS



Una investigación de
MAISIE DOBBS

Traducción:
ANA BELÉN FLETES VALERA



MAEVA | NOIR

*Dedicado a mi Documentalista Jefe.
Él sabe de quién hablo.*

«Ya no soy un artista interesado y *ávido*. Soy el mensajero que traerá noticias de los hombres que luchan en el frente a aquellos que quieren que la guerra continúe para siempre. Débil, inarticulado será mi mensaje, pero contendrá una verdad amarga que ojalá cale en sus almas miserables.»
PAUL NASH* (1899-1946)

«ENERO: Comienza el año en Londres, con frío y humedad, pero se ven gaviotas en el terraplén del río.»
When You go to London (1931)
H. V. MORTON

* Paul Nash sirvió en el Segundo Batallón de Artists Rifles y en el Regimiento de Hampshire durante la Gran Guerra.

Prólogo

Romney Marsh, Kent
Martes, 30 de diciembre, 1930

EL TAXI REDUJO la velocidad al llegar ante la verja de la abadía de Camden, una antigua mansión de ladrillo visto que ese día en que el aguanieve punzante azotaba el paisaje gris e inhóspito se antojaba más que nunca un refugio.

—¿Es aquí, señora?

—Sí, gracias.

El taxista se detuvo en la entrada principal y, por si acaso, la mujer se cubrió la cabeza respetuosamente con un pañuelo de seda antes de salir del coche.

—No tardaré mucho.

—Aquí la espero, señora.

El hombre la vio entrar en el edificio y cerrarse la puerta tras ella.

—Me alegra no ser tú, preciosa —se dijo mientras abría el periódico para hacer más llevadera la espera.

ERA UNA SALA acogedora con la chimenea encendida, la alfombra roja sobre el suelo de piedra y unos pesados cortinajes delante de la ventana para proteger del aire que se colaba por el marco de madera. La mujer, sentada delante de una rejilla, llevaba cuarenta y cinco minutos conversando con la abadesa.

—El duelo no es un hecho aislado, querida, sino un proceso, una peregrinación por un sendero que nos permite reflexionar sobre el pasado a través de retazos de la memoria que guardamos en el alma. A veces, el camino está lleno de piedras y

sentimos que los recuerdos nos hacen daño, y hay días en los que las sombras reflejan nuestra añoranza y los momentos de felicidad compartidos.

La mujer asintió con la cabeza.

—Ojalá no tuviera esta duda.

—Es normal que en estas circunstancias aparezca la incertidumbre.

—Pero ¿cómo hago para no preocuparme tanto, hermana Constance?

—No has cambiado, ¿verdad? —comentó la abadesa—. Siempre buscando hacer en vez de ser. ¿De verdad quieres consejo espiritual?

La mujer empezó a echar hacia atrás las cutículas con la uña del pulgar de la otra mano.

—Sé que me salté todas sus tutorías cuando estaba en Girton, pero pensé que...

—¿Que yo podría ayudarte a encontrar la paz? —La monja hizo una pausa, sacó un lápiz y una libreta de un bolsillo que tenía entre los pliegues del hábito y escribió algo—. A veces la ayuda llega en forma de indicación. Y la paz es algo que encontramos cuando nos acompañan en el viaje. Te escribo aquí el nombre de alguien que te ayudará. Además, las dos tenéis algo en común, porque ella también estudió en Girton, aunque después que tú, en 1914 si no recuerdo mal.

Le entregó la nota doblada a través de la rejilla.

Scotland Yard, Londres

Miércoles, 31 de diciembre, 1930

—Como ve, señora, poco puedo hacer dadas las circunstancias, que son bastante concretas, en lo que a nosotros se refiere.

—Sí, ya me lo ha dejado bastante claro, inspector Stratton. —La mujer se irguió como una vara en la silla y se echó el pelo hacia atrás con aire desafiante. Se miró las manos un segundo y se frotó una mancha de tinta en la piel del dedo corazón

encallecida de apretar el plumín de la estilográfica al escribir—. Sin embargo, no puedo dejar de buscar la verdad solo porque ustedes no hayan descubierto nada con sus investigaciones. Por ese motivo, he decidido contratar los servicios de una agencia privada de investigación.

El policía, que estaba leyendo sus notas, puso los ojos en blanco y luego levantó la vista.

—Está en su derecho, sin duda, aunque estoy seguro de que el investigador que contrate llegará a las mismas conclusiones que nosotros.

—No es investigador, es investigadora —dijo la mujer con una sonrisa.

—¿Puedo preguntar cómo se llama esa investigadora? —preguntó Stratton, aunque ya sabía la respuesta.

—Señorita Maisie Dobbs. Es muy reconocida.

Stratton asintió con la cabeza.

—Desde luego, estoy familiarizado con su trabajo. Es honrada y sabe lo que hace. De hecho, aquí, en Scotland Yard, le hemos pedido consejo sobre varios asuntos.

La mujer se inclinó hacia delante intrigada.

—¿No me diga? No es muy propio de sus chicos admitir que necesitan ayuda, ¿no?

El inspector inclinó la cabeza y añadió:

—La señorita Dobbs posee ciertas habilidades, emplea ciertos... métodos que parece que dan resultado.

—¿Consideraría usted pasarse de la raya preguntarle qué sabe de ella, de su entorno? Sé que estudió en Girton College unos años después que yo y tengo entendido que fue enfermera durante la guerra y que la hirieron en Flandes.

Stratton la miró tratando de decidir si era acertado compartir lo que sabía. Llegados a ese punto, le convenía quitarse de encima a aquella mujer, de modo que haría y diría lo que fuera necesario con tal de encasquetársela a otro.

—Nació en Lambeth, entró a servir en una casa cuando tenía trece años.

—¿A servir?

—No se deje engañar. Un amigo de la familia para la que trabajaba, un hombre brillante, experto en medicina legal y psicólogo, se fijó en su inteligencia. A su regreso de Flandes, por lo que yo sé, pasó un tiempo convaleciente y después trabajó durante un año en una institución para enfermos mentales cuidando de hombres que sufrían neurosis de guerra. Terminó sus estudios en Girton, pasó un tiempo ampliando conocimientos en el Departamento de Medicina Legal de Edimburgo y después empezó a trabajar como ayudante de su mentor. Aprendió su oficio con el mejor, si le soy sincero.

—¿Y nunca ha estado casada? ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta y dos, treinta y tres?

—Más o menos, sí. Y no, nunca ha estado casada, aunque creo que el hombre del que estaba enamorada resultó herido de gravedad en la guerra —dijo dándose unos golpecitos en la sien—. De aquí.

—Entiendo. —La mujer calló un momento y luego levantó la mano—. Ojalá pudiera darle las gracias por todo lo que ha hecho, inspector. A lo mejor la señorita Dobbs consigue arrojar luz donde ustedes no han visto nada.

El inspector se levantó, se despidió de la mujer estrechándole la mano y llamó a un agente para que la acompañara a la salida. Nada más cerrarse la puerta, y pensando en que ni siquiera se habían deseado feliz año nuevo, levantó el teléfono.

—¡Diga!

El inspector se reclinó en la silla.

—Le agradecerá saber que me he deshecho de esa condenada mujer.

—Muy bien. ¿Cómo lo ha hecho?

—Un movimiento fortuito por su parte. Va a contratar a una agencia privada de investigación.

—¿Alguien que deba preocuparme?

El inspector negó con la cabeza.

—No, yo me ocupo. La vigilaré.

—¿Es una mujer?

—Sí, es una mujer.

Fitzroy Square, Londres
Miércoles, 7 de enero, 1931

HABÍA EMPEZADO A nevar otra vez; copos pequeños y duros que se arremolinaban en torno a la mujer cuando desembocó en Fitzroy Square desde Conway Street. Se subió el cuello de piel y se le ocurrió que, aunque no solía usar sombrero, esa mañana sí que debería habérselo puesto. Habría quien diría que esa falta de criterio casi trivial era muy típica de ella y que probablemente lo hacía para llamar la atención, con esa abundante mata de pelo cobrizo que le caía por los hombros formando una cascada de ondas húmedas, sin pararse a pensar en el decoro. Pero la verdad era que, a pesar de que atraía todas las miradas allá por donde iba, en esa ocasión, igual que el día anterior por la mañana, y el anterior, lo que menos quería era que la vieran. Al menos hasta que lo considerase oportuno.

Cruzó la plaza caminando con cuidado para no resbalar con los adoquines cubiertos de nieve medio derretida, y se detuvo junto a la barandilla de hierro que rodeaba el inerte jardín invernal. La investigadora privada que la hermana Constance le había ordenado que consultara — sí, ordenado, porque cuando la abadesa decía algo, no era una mera sugerencia— trabajaba en una oficina que se encontraba en el edificio que tenía delante. Su ayudante le había dicho que fuera a la oficina el lunes, a las nueve de la mañana. Cuando canceló la cita, el hombre le sugirió con toda la calma que fuera a la misma hora al día siguiente. Y cuando canceló en el último minuto también esa segunda cita, el hombre se limitó a retrasarla veinticuatro horas. Le intrigaba que una profesional tan consumada, con una reputación que no dejaba de aumentar tuviera como empleado a un hombre con un acento tan vulgar. De hecho, ese desafío rotundo a las

convenciones le había hecho reafirmarse en su decisión de seguir las indicaciones de la hermana Constance. Al fin y al cabo, ella nunca había hecho mucho caso a las convenciones.

Mientras caminaba de un lado para otro delante del edificio preguntándose si por fin iba a reunir el valor para ver a Maisie Dobbs, y eso que a ella nunca le habían faltado agallas para nada, levantó la cabeza y la vio, asomada al ventanal de suelo a techo de la primera planta, que daba a la plaza. Sentía curiosidad por aquella mujer. Allí estaba, mirando por la ventana sin más, la vista puesta primero en los árboles desnudos y, después, en algún punto a lo lejos.

Se apartó de la cara un mechón de pelo revuelto por el viento y siguió observando a la mujer de la ventana. Se preguntaba si lo haría por costumbre, acercarse ahí para pensar. Sospechaba que sí. De repente se le ocurrió que la mujer de la ventana era la persona a la que había ido a ver, Maisie Dobbs. Se protegió las manos en el interior de las amplias mangas del abrigo, temblando, y dio media vuelta para marcharse. Pero, de pronto, como atraída por una fuerza que no veía, pero sí sentía, miró de nuevo hacia la ventana. Maisie Dobbs la miraba a ella y levantó una mano de un modo tan convincente que no pudo irse, no pudo hacer otra cosa más que devolverle la mirada. Y, en ese momento, seducida por la mirada de aquella señorita Dobbs, sintió un calor que la recorría por dentro y la seguridad de que podía pisar cualquier terreno, saltar cualquier obstáculo, porque no caería; era como si con aquel gesto de la mano, Maisie Dobbs le hubiera prometido que desde el primer paso que diera hacia ella, estaría a salvo. Echó a andar, pero vaciló al bajar la vista hacia los adoquines. Dio media vuelta, pero la sorprendió oír una voz a su espalda pidiéndole que se detuviera con solo pronunciar su nombre.

—Señorita Bassington-Hope...

No era una voz áspera y cortante de frío en el aliento gélido del invierno, sino que desprendía una fuerza que ofrecía confianza, como si de verdad estuviera segura con ella.

—¿Sí? —Georgina Bassington-Hope miró a los ojos a la mujer que un momento antes la observaba desde la ventana, la mujer que le habían recomendado consultar. Le habían dicho que Maisie Dobbs le brindaría un refugio en el que poder hablar de sus sospechas y demostraría que estaba en lo cierto, o no, ya se vería.

—Venga.

Era una orden, pero emitida de una forma que no sonaba brusca, ni tampoco blanda, y Georgina se sintió como hipnotizada por Maisie, firme entre los remolinos de la nieve que empezaba a convertirse en aguanieve con aquel chal de cachemir azul claro sobre los hombros, extendiendo el brazo hacia ella. Georgina Bassington-Hope no dijo nada, sino que aceptó el brazo que la condujo hacia la puerta y entraron junto a la placa que rezaba «Maisie Dobbs, psicóloga e investigadora». El instinto le decía que le habían indicado bien, que allí le permitirían describir con toda libertad el revoltijo de dudas que pesaba sobre ella desde el terrible momento en que supo, antes incluso de que nadie se lo dijera, que la persona a la que más quería, la persona que la conocía tan bien como ella misma y con quien compartía todos sus secretos, estaba muerta.

1

—BUENOS DÍAS, SEÑORITA Bassington-Hope. Entre, hace mucho frío.

Billy Beale, el ayudante de Maisie Dobbs, aguardaba de pie en la puerta de la oficina de la primera planta a que subieran las mujeres, la visita en primer lugar.

—Gracias —contestó la mujer tras echarle un vistazo. Le pareció que tenía una sonrisa contagiosa y unos ojos bondadosos.

—He preparado una tetera.

—Gracias, Billy, es justo lo que necesitamos. Hace un día terrible —dijo Maisie con una sonrisa mientras invitaba a Georgina a entrar.

Había tres sillas dispuestas alrededor de la estufa de gas y la bandeja del té estaba en la mesa de Maisie. En cuanto le tomaron el abrigo para colgarlo detrás de la puerta, Georgina se acomodó en la silla del centro. Se apreciaba una camaradería entre la investigadora y su ayudante que le inspiraba curiosidad. Era evidente que el hombre admiraba a su jefa, aunque no parecía que albergara sentimientos románticos. Pero estaba claro que existía un vínculo, y el ojo de periodista de Georgina Bassington-Hope le decía que la naturaleza de su trabajo había forjado una dependencia y un respeto mutuos, aunque no había duda de que la mujer era la jefa.

La recién llegada miró de nuevo a Maisie Dobbs, que había ido a buscar una carpeta de papel manila, lápices de colores, un taco de fichas de notas y papel. Al fijarse mejor decidió que, en algún momento, la mujer había llevado el pelo negro y ondulado

con un estilo *bob*, que ya iba necesitando un corte. ¿No consideraba necesario ir a la peluquería con regularidad? ¿O simplemente estaba demasiado ocupada? Vestía una blusa de seda de color crema con una chaqueta larga de cachemir azul, una falda negra con tablones y zapatos negros que se cerraban con una sencilla tira por encima del empeine. El conjunto era estiloso, pero mostraba que a la investigadora le preocupaba más la comodidad que la moda.

Maisie se sentó junto a ella y no dijo nada hasta que su ayudante se ocupó de que estuviera cómodamente instalada y con una taza de té en la mano. Georgina no quería quedarse mirando fijamente, pero le pareció que la mujer se había sentado y había cerrado los ojos un momento, como sumida en sus pensamientos. Sintió de nuevo que una ola de calor la recorría por dentro y abrió la boca para hacer una pregunta, pero en vez de eso, lo que hizo fue darle las gracias.

—Le agradezco mucho que me haya recibido, señorita Dobbs.

Maisie sonrió con amabilidad. No fue una sonrisa amplia, no como la de su ayudante al recibirla, pero le pareció que aquella mujer se sentía en su elemento.

—Acudo a usted con la esperanza de que pueda ayudarme... —dijo mirándola a los ojos—. Me ha sido recomendada por alguien que las dos conocemos de cuando estudiábamos en Girton.

—¿Es posible que se refiera usted a la hermana Constance? —preguntó Maisie inclinando la cabeza.

—¿Cómo lo ha sabido? —dijo la otra mujer atónita.

—Retomamos el contacto el año pasado. Esperaba con impaciencia las tutorías que nos daba, sobre todo el hecho de que tuviéramos que ir hasta la abadía para verla. Fue una casualidad que la orden se mudara a Kent. —Guardó silencio unos segundos—. Y, dígame, ¿cuál fue el motivo que la llevó a visitar a la hermana Constance y cómo es que esta le sugirió que hablase conmigo?

—He de decir que habría preferido que me sacaran una muela a asistir a sus tutorías. Dicho lo cual, fui a verla cuando... —Tragó saliva y volvió a intentarlo—. Tiene que ver con mi hermano... con la... la...

No se sentía capaz de pronunciar la palabra. Maisie echó la mano hacia atrás y la metió en un bolso negro que colgaba del respaldo de su silla. Sacó un pañuelo y lo dejó en la rodilla de la otra mujer. Cuando esta lo tomó, el aroma a lavanda se esparció por el aire. Se sorbió la nariz, se secó los ojos y siguió hablando.

—Mi hermano murió hace unas semanas, a principios de diciembre. Las investigaciones determinaron que su muerte fue un accidente. —La miró primero a ella y luego a Billy, como queriendo asegurarse de que los dos la estaban escuchando, y después miró la estufa—. Es... era artista. Se había quedado trabajando hasta tarde la víspera de la inauguración de su primera exposición importante desde hacía años y, según parece, se cayó del andamio que habían levantado en la galería para poder montar la pieza principal de la exposición. —Calló un momento antes de continuar—. Necesitaba hablar con alguien que me ayudara a despejar esta... Esta... duda. Y la hermana Constance me sugirió que viniera a verla. —Se paró de nuevo—. Me he dado cuenta de que no se consigue nada asediando a la policía para que haga algo, y el hombre al que llamaron cuando encontraron a mi hermano se mostró encantado cuando le dije que iba a hablar con un investigador privado. Si le digo la verdad, creo que se alegró de deshacerse de mí.

—¿Y quién era ese policía? —preguntó Maisie con la pluma preparada para anotar el nombre.

—El inspector Richard Stratton, de Scotland Yard.

—¿Stratton se mostró encantado de que viniera a verme?

La señorita Bassington-Hope se sorprendió al ver el leve sonrojo de Maisie cuando levantó la vista de sus notas, cuyos ojos azul oscuro se habían oscurecido aún más y tenía el ceño fruncido.

—Pues... sí, y, como he dicho, creo que estaba harto de que lo acribillara a preguntas.

Maisie anotó algo más antes de continuar.

—¿Y qué desea que haga yo, señorita Bassington-Hope?

La aludida se irguió en su asiento y se pasó los dedos entre la abundante cabellera ondulada, cuyos tonos cobrizos ganaban intensidad a medida que se le iba secando. Se estiró la chaqueta de *tweed* color nuez moscada y se alisó las rodillas de los pantalones de un tono marrón más claro.

—Creo que Nicholas fue asesinado. No creo que fuera un accidente. Creo que alguien lo empujó o hizo que se cayera de forma deliberada. —La miró de nuevo antes de añadir—: Mi hermano tenía amigos y enemigos. Era un artista apasionado y las personas como él suelen despertar tanto desprecio como admiración. Su obra recibía elogios e insultos, dependiendo de la interpretación que se hiciera de ella. Quiero que averigüe cómo murió.

Maisie asintió con la cabeza sin dejar de fruncir el ceño.

—Supongo que la policía habrá hecho un informe del caso.

—Como le he dicho, llamaron al inspector Stratton...

—Sí, me extraña que lo llamaran a él para ocuparse de un accidente.

—Era pronto y, al parecer, era el único investigador que estaba de guardia —añadió la mujer—. Cuando llegó, el forense ya había hecho un estudio preliminar... —Se quedó mirando el pañuelo arrugado entre las manos.

—Pero estoy segura de que el inspector habrá llevado a cabo una investigación minuciosa. ¿En qué cree que puedo ayudarla yo?

La mujer se puso tensa, a juzgar por la visible rigidez de los músculos del cuello.

—Pensé que diría usted eso. Con que haciendo de abogado del diablo, ¿eh?

Se reclinó en la silla y afloró en ella parte de la determinación por la que era conocida. Georgina Bassington-Hope, viajera y

periodista intrépida, se había hecho famosa con veintidós años por disfrazarse de hombre para ver el frente de batalla de Flandes más de cerca que ningún otro reportero. Regresó con muchas historias que no hablaban de generales y luchas, sino de hombres, de las dificultades que estaban pasando, de su valor, de sus miedos y de la verdad de la vida del soldado en medio de una guerra. Sus despachos se publicaron en periódicos y revistas de todo el mundo, y, al igual que en el caso de las obras de su hermano, su trabajo recibió críticas y admiración por igual, y se ganó una reputación tanto de valiente narradora de historias como de oportunista ingenua.

—Sé lo que quiero, señorita Dobbs. Quiero la verdad y la buscaré yo misma si es necesario. Sin embargo, conozco mis limitaciones y soy de las que creen que hay que utilizar las herramientas más adecuadas cuando se pueda, a pesar del precio. Y creo que usted es la mejor. —Hizo una pausa momentánea para levantar la taza, que sostuvo entre las manos—. Y creo, porque he hecho los deberes, que usted se pregunta cosas que a otros les pasan desapercibidas y ve cosas que otros no ven. —Miró de refilón a Billy y volvió a dirigirse a Maisie con voz firme y mirada inmutable—. El trabajo de Nick era extraordinario, sus opiniones bien conocidas, aunque su arte era su voz. Quiero saber quién lo mató, señorita Dobbs, y llevarlo ante la justicia.

Maisie cerró los ojos y permaneció en silencio unos segundos antes de hablar.

—Parece que estaban muy unidos.

Los ojos de la señorita Bassington-Hope echaban chispas.

—Ya lo creo, muy unidos, señorita Dobbs. Éramos mellizos. Nos parecíamos mucho. Él trabajaba con el color, la textura y la luz, yo trabajo con las palabras. —Se tomó un respiro—. Y se me ha ocurrido que quienquiera que lo matara podría querer silenciarme a mí también.

Maisie asintió con la cabeza, reconociendo con un gesto pausado la posibilidad de lo que acababa de decir para crear expectativa. Después se levantó y se dirigió hacia la ventana. Se había

puesto a nevar otra vez y la nieve que empezaba a cuajar en el suelo se mezclaba con el reguero sucio de la que ya estaba medio derretida, y atravesaba el cuero de los zapatos con gran facilidad. Billy sonrió a la mujer y le ofreció otra taza de té señalando la tetera. Había estado tomando notas todo el rato y sabía que su trabajo en ese momento consistía en que la mujer permaneciera calmada y tranquila mientras Maisie pensaba y decidía. Tras un momento, esta se giró desde la ventana.

—Dígame, señorita Bassington-Hope, ¿por qué se ha mostrado tan reticente a venir? Ha cancelado dos citas, y aun así se ha presentado aquí. ¿Qué provocó que incumpliera su propia decisión dos, bueno, casi tres veces?

La mujer negó con la cabeza antes de contestar.

—No tengo pruebas. No tengo nada sobre lo que apoyarme, digamos, y soy una persona acostumbrada a trabajar con datos. Las pistas son insuficientes; de hecho, yo sería la primera en admitir que tiene toda la pinta de un accidente normal y corriente: el movimiento descuidado de un hombre cansado, haciendo equilibrios en una estructura más bien precaria, mientras colgaba una obra que había tardado dos años en terminar. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Esto es lo único que tengo —dijo y, a continuación, se llevó la mano al pecho—: una sensación aquí, en el corazón, de que algo no cuadra, de que no fue un accidente, sino un asesinato. Creo que lo supe en el mismo momento en que mi hermano murió, porque sufrí un agudo dolor justo a la hora en que, según el forense, tuvo lugar la muerte. Y no sabía cómo explicarlo para que me tomaran en serio.

Maisie se acercó a ella y le puso la mano en el hombro con amabilidad.

—Entonces, ha venido usted al lugar adecuado, sin ninguna duda. En mi opinión, esa sensación que tuvo en el corazón es una pista significativa y lo único que necesitamos para aceptar el caso. —Miró a Billy y le hizo un gesto con la cabeza, ante el cual, su ayudante tomó una ficha nueva—. Muy bien,

empecemos. Lo primero que voy a hacer es informarla de las condiciones de nuestro contrato.

MAISIE DOBBS LLEVABA trabajando como psicóloga e investigadora casi dos años, después de varios como ayudante del doctor Maurice Blanche, su mentor desde que era niña. Maurice Blanche no solo era un experto en medicina legal, sino también psicólogo y filósofo, que le había ofrecido un intenso aprendizaje y una oportunidad que difícilmente habría estado a su alcance de otro modo. En la actualidad, con un flujo constante de clientes que requerían sus servicios, Maisie tenía motivos para el optimismo. Pese a que el país se encontraba paralizado por la depresión económica, había personas pertenecientes a cierta clase social que apenas notaban que la crisis se estuviera agudizando, personas como Georgina Bassington-Hope, lo que a su vez significaba que había trabajo en abundancia para una investigadora con una reputación en alza. Solo advertía un nubarrón en el horizonte, y Maisie confiaba en que se mantuviera a buena distancia. En el otoño del año anterior, la neurosis de guerra, que también ella padecía, había sufrido un repunte, que había desembocado en una crisis nerviosa paralizante. Aquella indisposición, unida a algunas desavenencias con Maurice, había provocado que perdiera la confianza en su mentor. Aunque en muchos aspectos agradecía la nueva independencia tras distanciarse de él, en ocasiones rememoraba con anhelo y con pesar el ritmo del trabajo juntos, los rituales y los procesos. Cuando empezaba a trabajar en un caso nuevo, tras la conversación preliminar con el cliente, Maurice solía sugerir que salieran a dar un paseo o, si hacía malo, se conformaba con cambiar la disposición de los asientos. «Nada más firmar un contrato, Maisie, nos echamos la carga al hombro, abrimos la puerta y elegimos un camino. Debemos, por tanto, mover el cuerpo de modo que se nos despierte de nuevo la curiosidad tras ocuparnos de la tarea administrativa.»

El contrato ya estaba firmado, tanto por Georgina Bassington-Hope como por ella, pero el mal tiempo arruinaba toda posibilidad de salir a dar un paseo, así que Maisie sugirió mover la mesa hacia la ventana y continuar allí la conversación.

Más tarde, después de que su nueva clienta se hubiera marchado, Maisie y Billy desplegarían un pliego de papel en blanco sobre la mesa, sujetarían las esquinas a la madera con chinchetas y comenzarían a desarrollar un mapa del caso con datos conocidos, pensamientos, sensaciones, corazonadas y preguntas. A medida que avanzaran, irían añadiendo más información, hasta que el mosaico sacara a la luz conexiones ocultas hasta ese momento que señalarían las verdades que anunciaban el final del caso. Si todo iba bien.

Maisie ya había anotado algunas preguntas iniciales en una ficha, aunque sabía que se le ocurrirían muchas otras con las respuestas de su nueva clienta.

—Señorita Bassington-Hope...

—Georgina, por favor. «Señorita Bassington-Hope» es un nombre kilométrico y, ya que vamos a estar aquí un buen rato, prefiero prescindir de los formalismos.

La mujer los observó alternativamente. Billy miró de reojo a Maisie de un modo que evidenciaba que la sugerencia lo incomodaba.

Maisie sonrió.

—Sí, por supuesto, como quieras. Puedes llamarme Maisie.

Aunque no sabía si en realidad estaba abierta a tal grado de informalidad, debía respetar los deseos de su clienta. Si estaba relajada, la información fluiría con más facilidad. Ambas miraron a Billy, que se sonrojó.

—Bueno, si no le importa, creo que yo prefiero dirigirme a usted por su nombre completo —dijo mirando a Maisie en busca de consejo y a continuación miró de nuevo a la mujer—. Pero usted puede llamarme Billy si quiere, señorita Bassington-Hope.

Georgina sonrió al comprender el aprieto en que los estaba poniendo.

—Muy bien, Billy. ¿Y qué te parece si lo dejamos en señorita B-H?

—Me parece perfecto. Lo dejamos en señorita B-H.

Maisie carraspeó.

—Bien, resuelto ese pequeño dilema, sigamos. Georgina, lo primero que quiero es que me cuentes todo lo que sepas sobre las circunstancias que rodean la muerte de tu hermano.

La mujer asintió con la cabeza y respondió:

—Nick lleva, o llevaba, un tiempo preparándose para su exposición, más de un año de hecho. Su trabajo empezaba a ganar popularidad, sobre todo en Estados Unidos; según parece, aún hay bastantes millonarios y se lo están comprando todo a la pobre Europa. Sea como sea, Stig Svenson, dueño de la galería Svenson, en Albemarle Street, (el marchante habitual de la obra de Nick, más o menos) le ofreció montar una exposición especial con sus primeras obras e incluir también su producción nueva. Nick no dejó escapar la oportunidad, sobre todo porque pensaba que la galería sería el lugar ideal para desvelar una pieza en la que había estado trabajando, de un modo u otro, durante años.

Maisie y Billy se miraron, y Maisie la interrumpió para preguntar:

—¿Por qué era el lugar perfecto para su obra? ¿Por qué lo atraía tanto?

—Stig acababa de echar abajo el local y lo había pintado, y Nick ya le había dejado claro que necesitaba una cantidad de espacio determinada para sus obras nuevas. —Abrió los brazos para complementar la descripción de la sala de exposiciones—. Fundamentalmente, hay dos miradores cuadrados en la parte delantera, son enormes, con una puerta en medio, de manera que se ve con claridad el interior desde la calle, pero no las obras en sí. Svenson tiene, como imaginaréis, una idea escandinava muy moderna de cómo emplear el espacio. Es un lugar muy luminoso, diseñado al milímetro para exhibir una obra de la forma más favorable. Ha instalado el sistema de iluminación eléctrica más moderno, con unos focos que dirigen la luz de tal modo que

se crea un juego de luces y sombras que atrae a los compradores. —Se detuvo para ver si la seguían—. En el extremo más alejado hay una pared inmensa pintada de blanco de casi dos plantas de alto para las obras de mayor formato, y un pasillo largo y abierto sostenido por columnas a cada lado, de forma que al entrar tienes la sensación de estar en un teatro, solo que sin asientos ni gradas. Y todo es blanco. Se puede acceder a cada uno de los pasillos subiendo una escalera, pero unas pantallas dividen la sala en secciones, de manera que no ves el plato fuerte de la exposición, cuando lo hay, hasta el final. Muy inteligente.

—Cierto, lo es —admitió Maisie, que realizó una pausa mientras se golpeaba la palma de la mano izquierda con el bolígrafo antes de volver a hablar—. ¿Podrías describirnos en qué consistía su «plato fuerte»?

Georgina negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Por lo que yo sé, nadie lo ha visto completo. Era muy reservado al respecto. Por eso se quedaba en la galería hasta tarde, quería preparar la muestra él mismo. —Se quedó pensativa, tapándose la boca con la mano, y al momento levantó la vista—. Lo único que sé es que iba en varias piezas.

—Pero creía que habías dicho que estaba trabajando en la obra cuando murió. ¿No seguirá estando en la galería?

—Perdona, me refería a que estaba trabajando en el montaje del andamio, colocando los numerosos anclajes para asegurar las piezas cuando las llevaran a la galería. Las tenía en algún almacén en Londres, pero no tengo ni idea de dónde se encuentra, si te soy sincera.

—¿Quién podría saberlo? ¿Svenson?

Georgina negó con la cabeza.

—Es un misterio por el momento. Nadie ha encontrado la llave ni sabe la dirección. Solo sabíamos que lo guardaba en algún tipo de depósito... en alguna parte. Sé que quería mantenerlo en secreto hasta el último momento para que llamara más la atención. Creo que imaginaba que iba a dejar a todos con la boca abierta, no sé si me entendéis.

—Entiendo. Y...

—El problema es —la interrumpió Georgina— que ya había prometido la colección, excepto la obra central, a un coleccionista, sin que este la hubiera visto.

—¿Quieres decir que alguien le hizo una oferta por la colección sin saber de qué se trataba?

—Habían visto los dibujos iniciales, pero no los de la pieza central.

—¿Era una oferta cuantiosa?

La mujer asintió.

—Varios miles de libras, por lo que tengo entendido.

Maisie abrió mucho los ojos y miró a Billy, que parecía a punto de desmayarse.

—¿Por un cuadro?

Georgina Bassington-Hope se encogió de hombros.

—Es lo que pagarán si creen que el valor de la obra puede aumentar drásticamente. Y el comprador tiene dinero, ya ha pagado una fianza, que Svenson se reserva hasta la entrega.

—¿Quién es el comprador?

—Un hombre llamado Randolph Bradley. Es estadounidense y vive en París, aunque también tiene casa en Nueva York. Una de esas personas que van de acá para allá —contestó peinándose con los dedos y desviando la mirada.

Billy puso los ojos en blanco.

—Creo que voy a preparar otra tetera —dijo levantándose y salió del despacho con la bandeja del té.

Maisie no dijo nada. Aunque entendía su enfado al entender que pudieran moverse esas cantidades de dinero en los tiempos de escasez que vivían, le producía consternación que hubiera sentido la necesidad de salir de la habitación. Maisie continuó charlando sobre trivialidades y haciendo preguntas sin importancia hasta que regresó.

—¿Varias piezas? Entonces, ¿esa «pieza» era algo así como un rompecabezas, señorita B-H?

Billy le colocó una taza de té humeante delante y a Maisie le puso la taza que usaba siempre. Dejó una para él en la mesa y tomó sus notas de nuevo. Maisie se alegró al ver que no se había dedicado a echar pestes sobre la situación mientras preparaba el té, sino que había estado dándole vueltas al asunto.

Georgina asintió con la cabeza.

—Podría decirse que sí. Antes de la guerra, Nick estuvo un tiempo estudiando arte en Europa. Se encontraba en Bélgica cuando estalló la guerra y regresó a casa enseguida. —Negó con la cabeza—. El caso es que estando allí, se interesó mucho por el formato del tríptico.

—¿El tríptico? —preguntaron Maisie y Billy a la vez.

—Sí —continuó ella—. Un tríptico consta de tres partes: un panel principal en el centro y dos paneles más pequeños, uno a cada lado. Las historias que se muestran en los paneles laterales aportan detalles a la escena central, la amplían de alguna manera.

—Un poco como el espejo de un tocador, ¿eh, señorita B-H? La mujer sonrió.

—Sí, exacto, aunque la vidriera de una iglesia sería una descripción más acertada. Los trípticos suelen ser de naturaleza religiosa, aunque muchos son bastante sangrientos, retratan escenas de guerra o la ejecución de alguien importante por aquel entonces, un rey tal vez o un guerrero.

—Sí, he visto algunos en los museos. Sé a lo que te refieres —dijo Maisie, que hizo una pausa para anotar que debía profundizar en el ambiente que rodeaba a Nicholas Bassington-Hope en cuanto terminara de hacerse una idea general de las circunstancias de su fallecimiento—. Sigamos con la muerte de tu hermano. Estaba en la galería. ¿Qué ocurrió, según ha revelado la investigación para el sumario del caso?

—Había un andamio apoyado contra la pared central de la galería. Las otras piezas menores, en importancia y tamaño, estaban todas colocadas ya, y Nick se encontraba trabajando en la pared donde iría la pieza central, como os he dicho. Había levantado el andamio para poder instalar las piezas correctamente.

—¿Y estaba haciéndolo él solo?

—Sí, esa era su intención. Aunque lo ayudaron a montar el andamio.

—¿Svenson no llamó a unos obreros para eso?

—No —respondió Georgina y calló un momento—. Bueno, en condiciones normales lo habría hecho, pero esa vez no lo hizo.

—¿Por qué?

Ella negó con la cabeza.

—Tú no conoces a Nick. Siempre tiene que hacerlo todo él solo, y quería que su andamio estuviera en el lugar adecuado, que fuera resistente y que la estructura no supusiera un peligro en modo alguno para la obra.

—¿Y dices que lo ayudaron?

—Sí, sus amigos Alex y Duncan.

—¿Alex y Duncan?

Maisie miró a Billy para comprobar que estaba atento. Si los dos estaban tomando notas, no se les escaparía nada después, cuando pusieran en común la información recogida.

—Alex Courtman y Duncan Haywood. Los dos son artistas, vecinos de Nick en Dungeness. Su otro amigo, Quentin Trayner, se había torcido un tobillo y por eso no estaba. Se cayó mientras sacaba una barca a la playa. —Hizo una pausa breve—. Los tres se ayudaban los unos a los otros. Los tres eran artistas.

—¿Y todos vivían en Dungeness, en Kent? Una zona un poco inhóspita y aislada, ¿no?

—¡E imagino que hará un frío terrible en esta época del año! —añadió Billy.

—Es un refugio para los artistas, ¿sabéis? Lo es desde hace años. De hecho, cuando cerraron la línea de tren entre Rye y Dungeness, creo que fue en 1926 o 1927, vendieron los vagones por diez libras cada uno. Unos cuantos artistas los compraron y los llevaron a la playa, donde los convirtieron en viviendas y estudios. —Georgina hizo una pausa y cuando retomó la narración, se le quebró la voz un poco, lo que obligó a Maisie y a Billy a echarse hacia delante para poder oírla—. Solía decirle que «es

la playa de las almas perdidas». —Se reclinó en la silla—. Eran hombres de gran sensibilidad artística a quienes el gobierno llamó a filas para que hicieran el trabajo sucio; aquello provocó que los cuatro se sintieran asqueados durante años.

—¿A qué te refieres? —preguntó Maisie.

Georgina se inclinó hacia delante.

—Nick, Quentin, Duncan y Alex se conocieron en la escuela de Bellas Artes Slade, allí fue donde se forjó su gran amistad. Y todos sirvieron en Francia. Nick resultó herido en el Somme y lo mandaron al Departamento de Propaganda a trabajar cuando se recuperó, puesto que no podía regresar como soldado en servicio activo. Alex también trabajó allí. Después enviaron a Nick a Flandes como artista de guerra. —Negó con la cabeza—. Aquello lo cambió para siempre; por eso tuvo que irse de aquí cuando terminó la guerra. A Estados Unidos.

—¿Estados Unidos?

—Sí, dijo que necesitaba espacio.

Maisie asintió con la cabeza y revisó sus notas.

—Señorita, quiero decir, Georgina, sugiero que terminemos hoy con los hechos que resultaron en la muerte de tu hermano y otro día nos vemos para hablar sobre su historia. Así te dará tiempo a reunir cualquier otra cosa que creas que podría resultarnos útil: diarios, cuadernos de dibujo, cartas, fotografías... Ese tipo de cosas.

—Está bien.

—Entonces... —Maisie se levantó, dejó las fichas junto a su taza y rodeó la mesa para colocarse al lado de la ventana y contemplar la plaza cubierta por la nieve—. Tu hermano, Nick, se quedó trabajando hasta tarde, preparando la pared central de la galería para instalar una pieza, varias en realidad, que nadie había visto hasta entonces. ¿A qué hora llegó a la galería? ¿Había alguien más con él? ¿A qué hora dice el forense que murió y cómo?

Georgina asintió una sola vez con la cabeza, bebió un sorbo de té, dejó la taza en la mesa y comenzó a responder por orden a las preguntas.

—Pasó todo el día allí, desde el amanecer, colgando sus cuadros. Terminaron de instalar el andamio a lo largo del día, según Duncan y Alex, que dijo que Nick les había pedido que volvieran a mi piso sobre las ocho y media. No era extraño que mi hermano llevara a sus amigos a dormir a mi piso, y ellos habían llegado la noche anterior con sus mochilas. Mi casa es una guarida muy práctica para todo tipo de gente de visita en Londres. —Calló un momento para beber un sorbo de té y continuó—: El conserje de la galería, Arthur Levitt, afirmó que pasó a ver a Nick hacia las nueve para decirle que él ya se iba a casa. Mi hermano le respondió que tenía llave y que ya se encargaba él de cerrar.

Calló y Maisie dejó que el silencio se extendiera mientras Georgina reunía las fuerzas necesarias para contarle lo que sabía de la muerte de su hermano. Cogió el pañuelo que Maisie le había dado antes y cambió de postura en el asiento.

—El inspector Richard Stratton, de Scotland Yard, se presentó en mi casa a las ocho de la mañana siguiente para decirme que se había producido un accidente. No creo que suela ocuparse de los accidentes, pero fue a mi casa de todas maneras, porque estaba de guardia en el momento en que el señor Levitt dio la alarma cuando llegó a la galería y se encontró a Nick...

—¿Puedes decirme cómo dijo que encontró a tu hermano? —preguntó Maisie con voz suave.

—En el suelo, debajo del andamio. Parte de la barandilla se había roto y parecía como si Nick se hubiera asomado demasiado mientras comprobaba la posición de unos anclajes con lo que había indicado en el papel. Se había roto el cuello y creen que murió en el acto al chocar contra el suelo de piedra, hacia las diez probablemente, según el forense. —Sacudió la cabeza—. ¡Eso le pasa por ser tan hermético! Esa necesidad imperiosa de dejar a la gente boquiabierto al ver el tríptico es lo que lo ha matado. Si no hubiera estado allí solo...

—Vamos a pedir un taxi para que te lleve a casa, Georgina —dijo Maisie consciente de que el agotamiento de su nueva clienta no era solo físico, sino que su origen se encontraba en el

fondo de su alma, y se inclinó hacia delante para ponerle la mano en el hombro—. Mañana hablamos. Y tal vez deberíamos encontrarnos en la galería, si no te resulta demasiado difícil estar allí. ¿A las diez te va bien?

Georgina asintió con la cabeza al sentir que un calor ya familiar le inundaba el cuerpo cuando Maisie la tocó. Billy se levantó, se puso el abrigo y salió a buscar un taxi a Tottenham Court Road. Maisie la ayudó a ponerse el abrigo y se hizo con el taco de fichas para añadir alguna otra anotación.

—Todo lo que has descrito apunta a que fue un accidente. El hecho de que tengas esa sensación tan fuerte de que no fue un error de tu hermano lo que le causó la muerte me llama poderosamente la atención, y por eso voy a aceptar el caso. Sin embargo, mañana cuando nos veamos y en futuras reuniones, porque ya te adelanto que habrá varias, me gustaría que me dijeras si se te ocurre alguien que pudiera tener algo en contra de tu hermano, o de su trabajo, hasta el punto de desear verlo muerto, bien por accidente o en un acto deliberado.

—He estado dándole vueltas y...

—Muy bien. Una última cosa por hoy. ¿Puedes darme los datos de contacto de tu familia? Voy a tener que hacerles una visita.

—Por supuesto, pero no esperes avanzar mucho por ese lado, ellos no piensan como yo y les horrorizaría saber que he acudido a una investigadora privada. —Estaba abrochándose el abrigo cuando oyeron el portal y a Billy subiendo las escaleras—. Mis padres viven en una finca inmensa a las afueras de Tenterden, en Kent. Mi hermana mayor, Noelle, o Nolly, como la llamamos en casa, vive con ellos. Tiene cuarenta años, perdió a su marido en la guerra. No se parece en nada a nosotros, es muy correcta, muy consciente de su posición de terrateniente rural, ya me entiende. Es jueza de paz en uno de los tribunales de magistrados locales, miembro de todos los comités de la zona y está metida en política; seguro que sabes a lo que me refiero, es un poco sabionda. Y desaprueba por completo todo lo que hago.

Harry es el más pequeño de los hermanos, el niño que llegó cuando nadie lo esperaba, según Emsy. Así es como llamamos a mi madre, Emma. Harry tiene veintinueve años y es músico, pero no intérprete de música clásica, para desgracia de Nolly. Toca la trompeta en antros oscuros a los que la gente va a divertirse.

Billy entró en el despacho con una capa blanca de nieve recién caída sobre los hombros.

—El taxi está abajo, señorita B-H.

—Gracias, Bi..., señor Beale —dijo ella estrechándole la mano. Y dirigiéndose a Maisie añadió—: Nos vemos mañana a la diez en la galería Svenson, en Albemarle Street. —Hizo una pausa y metió de nuevo las manos dentro de las mangas del abrigo—. Sé que vas a averiguar la verdad, Maisie. Y sé que darás con la persona que lo mató, estoy segura de ello.

Esta asintió con la cabeza y se volvió en dirección a su escritorio, pero de repente se giró de nuevo.

—Discúlpame, Georgina. ¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Sí, por supuesto.

—Es evidente que estabas muy unida a tu hermano, ya nos lo has dicho, pero ¿teníais buena relación cuando murió?

Se le pusieron los ojos rojos.

—Claro que sí —dijo asintiendo con la cabeza—. Estábamos unidos, tanto que nunca teníamos que darnos explicaciones. Lo sabíamos todo el uno del otro, hasta el punto de que podíamos percibir lo que pensábamos, aunque estuviéramos a muchos kilómetros de distancia.

La mujer miró a Billy, que abrió la puerta para acompañarla al taxi. Cuando subió de nuevo al despacho, iba negando con la cabeza.

—¿Qué le ha parecido, señorita?

Maisie estaba sentada delante de la mesa cubierta con un pliego de papel en blanco en el que irían desarrollando el mapa del caso, escribiendo datos con lapiceros de distintos colores en un diagrama demasiado pequeño aún.

—Es muy pronto para decirlo, Billy, incluso para empezar a sacar conclusiones. —Alzó la vista—. Ven y ayúdame a sujetar el papel con chinchetas.

Billy estiró el pliego con ambas manos para eliminar las arrugas antes de clavar las chinchetas y estudió las anotaciones preliminares que había hecho su jefa de paso.

—¿Y ahora qué?

Maisie sonrió.

—De momento te diré lo que vamos a hacer esta tarde. Iremos a la Tate a aprender un poco más sobre arte.

—Ay, señorita...

—Vamos, Billy, pasar una o dos horas contemplando el gran universo del arte nos hará bien en este día gris.

—Si usted lo dice, señorita. Uno nunca sabe, ¡lo mismo encuentra algo bonito para poner en esas paredes tuyas tan desnudas! —Billy dio unas palmaditas en el mapa del caso antes de colocar la última chincheta y después se apartó de la mesa para tomar el abrigo de Maisie y ayudarla a ponérselo.

—Creo que esas paredes van a seguir desnudas por ahora, Billy. Amueblar mi piso nuevo no es lo primero de la lista en este momento —respondió ella riéndose mientras se abrochaba el abrigo y cogía el sombrero, la bufanda, los guantes y el maletín—. Y ahora vamos a ver si vemos uno o dos trípticos. Con un poco de suerte encontraremos a algún conservador del museo que esté dispuesto a hablarnos sobre la gente que puede permitirse comprar arte sin haberlo visto siquiera, y sin preocuparse por el precio.